

Entrevista a Raúl Fuentes Navarro: Campo académico, formación profesional y proyecto social... ¿Desde dónde replantearse la utopía de la comunicación?

Entrevistado: Dr. Raúl Fuentes Navarro.

Entrevistadora: MSc. en Ciencias de la Comunicación Janny Amaya Trujillo, Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, jannyamaya@fcom.uh.cu

Síntesis curricular:

Raúl Fuentes Navarro es profesor–investigador en el Departamento de Estudios Socioculturales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y en el Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Licenciado y maestro en Comunicación por el ITESO y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara, es también Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, y miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Coordina el Doctorado en Estudios Científico-Sociales del ITESO y es autor de varios libros y publicaciones sobre el campo académico de la comunicación en México, la enseñanza y la investigación de la comunicación en América Latina.

Luego de treinta años de experiencia como profesor e investigador en el campo de estudios de la comunicación, un campo en el cual ha sido agente, pero que también ha constituido su objeto de estudio fundamental, ¿cómo definiría Raúl Fuentes Navarro las principales coordenadas que han orientado su trayectoria? ¿Cuáles han sido los

principales hitos en su carrera desde el punto de vista teórico pero también axiológico?

Es interesante la formulación de esta pregunta. La primera cuestión que habría que responder es, por supuesto, por qué llegué a este campo. Eso nos remite a finales de los años sesenta, cuando estaba yo terminando la educación preparatoria. En ese momento, una serie de casualidades afortunadas hicieron que supiera que había una opción de estudios universitarios en comunicación. Prácticamente nadie sabía qué era *eso*, o qué podía ser. Entonces, a mediados de la década de 1970 comencé la licenciatura en comunicación en el ITESO, gracias a opciones muy fortuitas y muy afortunadas a largo plazo, pero hasta esa ocasión, muy poco sustentadas en mi trayectoria.

Este fue un momento importante, de descubrimiento de una perspectiva de estudios que estaba muy poco desarrollada, que tenía algunas intuiciones señaladas con respecto a los medios masivos, aunque todavía no tenía una forma curricular definida, y venía de antecedentes donde estudiar comunicación implicaba estudiar todo, y una perspectiva muy incierta en cuanto a qué futuro profesional podía construir *eso*. Era una aventura profesional muy propia de aquella época, que fue sumamente intensa, sumamente interesante. Con esa conjunción de factores que al entrar a la universidad implican ya un corte significativo en la vida, entrar a la universidad a estudiar comunicación era una ocasión muy, muy estimulante.

Durante los cinco años que fui estudiante de licenciatura en ciencias de la comunicación en el ITESO, entre todas las opciones que se fueron conjugando -y en las que los mismos estudiantes fuimos participando para

que se definieran-, en realidad yo terminé estudiando cine. La propia situación incierta del perfil profesional de la carrera nos obligaba entonces a buscar empleo a la par que estudiábamos. De modo que yo pude trabajar desde el primer año de la carrera en producción radiofónica y en otras actividades que me convirtieron, al término de mi licenciatura, en un productor audiovisual bastante bien preparado para el entorno en el que estábamos, con una experiencia práctica de lo que significa actuar profesionalmente en un campo donde el mercado de trabajo no existía, y había que formarlo.

Este es un inicio que actualmente muy poca gente me cree. Se sorprenden porque los diez primeros años, los setenta, los dediqué prácticamente a la producción audiovisual. Y no lo hice mal, era una perspectiva muy efectiva que empezaba a prometer algún tipo de realización profesional; pero que, por otras circunstancias -otro conjunto de circunstancias, afortunadas, pero muy fortuitas también-, se me convirtió en un *background* que quedó atrás ya en los ochenta. Nuevas circunstancias me invitaron a ser profesor en alguna clase de producción cinematográfica o de producción audiovisual en la carrera de la cual había egresado unos años antes. Y por una serie de circunstancias muy raras acabé aceptando dar clases, pero de teoría de la comunicación.

Fue en 1978 que comencé a hacerme cargo de los cursos de teoría de la comunicación, cursos que yo no había tomado porque no existían en los años en los que yo estudié. Esto significó una segunda época de aventuras: aceptar el reto de aprender teoría de la comunicación dando clases de teoría de la comunicación. Para 1981, tres años después, ya eso me había cambiado las opciones de futuro profesional. En ese año fui nombrado

director de la Escuela en Ciencias de la Comunicación, ya con una contratación de tiempo completo. A los 29 años de edad me hice cargo de la dirección de la escuela, sobre la base de un proyecto entonces muy corto, pero interesante en términos de perfil, pues conjugaba la experiencia como productor audiovisual y la parte, digamos, más académica, de ser profesor de teoría, perfil que era bastante más escaso. No sé qué otras razones habrán tenido las autoridades para elegirme como director, pero lo hicieron, y así abandono las actividades de producción y me centro a tiempo completo en el trabajo académico. Mi adscripción profesional cambia entonces bastante radicalmente.

Los años ochenta fueron muy, muy importantes para mí, porque como parte de esa responsabilidad de ser director y de formar parte de un equipo de trabajo que estaba tratando de consolidar un proyecto académico, universitario y social, participé muy cercanamente en las asociaciones académicas nacionales: en la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) prácticamente desde su fundación; en el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), y luego en sus extensiones latinoamericanas: la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), y la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Tanto en la escala nacional como latinoamericana, al ser director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO tuve escenarios abiertos para la colaboración. Ahí viene una parte de la trayectoria que es también muy importante, de aprendizaje en escenarios amplios, y de reconocimiento y de integración de experiencias de otros colegas, de otros lugares, de otros países; sobre las mismas preguntas pero con ingredientes muy, muy diferentes, lo cual enriquecía mucho la

perspectiva, bastante incipiente entonces. La participación en esos organismos que todavía permanecen veinte, veinticinco, casi treinta años después, tiene esa importancia y ese origen en la época.

Dejé la dirección de la escuela en 1988 y me dediqué más enfáticamente a algo que habíamos comenzado a trabajar desde 1980, que es el posgrado en comunicación. La Maestría en Comunicación del ITESO se abrió en 1985, una de las primeras del país, cuando este campo todavía era un vecindario bastante familiar, bastante poco poblado. Y eso, al mismo tiempo que significaba abrir un programa, gestionar lo necesario para diseñarlo, para financiarlo, para que tuviera recursos, significó también un escenario para mí mismo como estudiante del posgrado que contribuía a diseñar y a establecer.

En la tesis de maestría partí de un trabajo que había venido haciendo algunos años antes, desde 1983. Por otra de esas circunstancias fortuitas me había hecho cargo también del Centro de Documentación del CONEICC, que se había formado en la Universidad Iberoamericana en México unos años atrás y del cual, a través del CONEICC, me hice cargo en 1983. Encontré ahí una buena línea de trabajo que fue la primera sistematización documental de la investigación de la comunicación en México. El producto más inmediato fue el primer libro que publiqué, pero fue también una ocasión sobre todo para abrir una línea de análisis muy amplia, de muchas dimensiones, que tenía que ver con la producción académica, las mediaciones de la investigación que generaban esa producción y las implicaciones que eso tenía como un campo de conocimiento más consolidado; muy relacionado desde su origen con mi experiencia, y con mi trabajo, y con mis responsabilidades y funciones, como todo un proyecto de

formación profesional en el campo de la comunicación. Esa relación entre los temas de investigación y la construcción de una trayectoria en esa especialidad, y la responsabilidad de la ubicación de los referentes docentes y profesionales eran parte del mismo origen del mismo proyecto.

Ya de ahí, de esa integración en la investigación, probablemente lo más importante en mi trayectoria ha sido la necesidad que se fue gestando poco a poco, pero que a principios de los años noventa empezó a tener ya un carácter bastante fuerte, bastante angustiante, que era saber si realmente podía yo invertir toda la energía hacia adelante en la consolidación de una posición como investigador. Tenía muchas dudas, por mi mismo origen, y aunque hacía cosas relacionadas con la investigación no había creído suficientemente que tuviera capacidad para hacer eso.

Eso me lleva a dos procesos más o menos simultáneos que ocupan la primera mitad de los años noventa: por un lado, aprovecho la oportunidad de que por primera vez habría un Doctorado en Ciencias Sociales en Guadalajara y solicito mi admisión como estudiante. Me admiten, y entonces me comprometo a dedicar cuatro años de mi vida a la propia formación en términos más rigurosos, más estrictos y más amplios. Yo, que había sido un agente de la consolidación disciplinaria de los estudios de comunicación, descubrí ahí que esa no era la estrategia más adecuada. Ahí cambia mi perspectiva, puesto que los estudios de comunicación no podrían sostenerse aislados, autónomos. Y desde entonces, se produce la conversión de mi proyecto orientado a mantener las condiciones de consolidación del trabajo de los estudios de comunicación, pero en una perspectiva sociocultural o en un entorno multidisciplinario en el área de las Ciencias Sociales. Es un matiz que tiene implicaciones importantes aunque en realidad no cambia

sustancialmente las condiciones de mi trabajo. La experiencia de cursar un doctorado después de tener una trayectoria relativamente amplia y variada en este terreno acabó de convencerme y de darme las características y la legitimidad necesaria como para dedicarme más de lleno a la investigación, lo cual acabó de rematarse una vez obtenido el grado, al haber pasado la evaluación primera para la solicitud del Sistema Nacional de Investigadores, todo lo cual sucedió en 1996.

Entonces ya me sentí seguro de que podía tener una actuación legítima y reconocible como investigador en el campo. Mi identidad como académico no necesitaba mucho reforzamiento pero sí esta modalidad de ser un investigador. De ahí en adelante, he tratado de aprovechar esa condición, no sólo para mí mismo, sino para poder trabajar un poco más en otra perspectiva en el mismo proyecto del origen, que es buscar las condiciones, y tratar de hacer las cosas para consolidar el campo como tal, y no para mí sino para los *habitantes del campo*, lo cual es obviamente una tarea colectiva y larga, no es tarea para una persona. Estos últimos diez o doce años han consistido en trabajar en distintos frentes en esa perspectiva y con un énfasis mucho más fuerte que antes, aunque también estaba en la construcción de los equipos y de las relaciones interinstitucionales, interpersonales, internacionales, sin lo que no puede trabajarse.

Esa ha sido la perspectiva, en términos también de las condiciones afortunadas y probablemente fortuitas, pero luego aprovechadas muy bien. Ha tenido también un lugar importante la posibilidad de trabajar simultáneamente en el ITESO, que es una universidad privada con muy buenas condiciones en términos laborales y en términos de ambiente de trabajo, y en la Universidad de Guadalajara, que es una universidad pública

muy grande, con un peso y una escala social que es sumamente importante. Esta ha sido una condición envidiable y aprovechable para poder hacer lo que va resultando más o menos reconocible en términos de esta acción reflexiva sobre el campo de la comunicación.

El trabajo de todos los días es el que le permite encontrarle un sentido. La reflexión de todos los días a lo largo de muchos años, y la interlocución con muchos colegas de muchos lugares, pues eso va dando algunas pocas certezas originales, y muchas inquietudes, y muchas preguntas compartidas que son también la materia prima de la docencia y de todas las otras fases que tiene el trabajo académico, que es un trabajo muy complejo y muy lleno de dimensiones que a veces uno olvida que existen.

En esta aventura intelectual buscando el sentido y la legitimidad para este campo, ¿cuáles sintetizaría usted como los principales retos teóricos que tuvo que enfrentar en el trayecto?

Pues está la cuestión central de la identidad teórica o conceptual, epistemológica, de los estudios de comunicación. ¿Qué es la comunicación y cómo saber algo sobre ella, más allá de ponerla en movimiento permanentemente desde el momento de hacerse las preguntas? Esa es una condición difícil de definir al principio. Uno tiene marcos muy simplistas y dice: basta con adoptar una definición de comunicación y tratar de ser consistente con ella y probablemente sea la definición más comúnmente aceptada. Pero después se va descubriendo cómo no puede avanzarse si se mantiene una perspectiva tan simplista como esa, pues las definiciones en el sentido del diccionario no resuelven nada, incluso no indican nada si no están relacionadas con las definiciones en otros sentidos, en otras

acepciones que no son las definiciones léxicas, sino las definiciones prácticas de un proyecto que tiene sus dimensiones subjetivas, intersubjetivas, históricas, sociales, culturales, etc. La definición de un proyecto de trabajo tiene que estar detrás de la pregunta de qué es la comunicación o cómo se puede usar.

En esa problematización o en esa complejización de la tarea que es muy propia de un académico, no podemos conformarnos con una perspectiva muy práctica y muy inmediata, sino que tenemos que buscar la manera de cuestionar esa práctica sin dejar de hacerla. Digamos que en esa búsqueda de cómo enmarcar, y cómo consolidar y fundamentar la pregunta central, se abren los distintos frentes de trabajo y los elementos de consistencia que pueden reconocerse o no cuando resulta claro que hay tareas consistentes y tareas no consistentes, tareas contradictorias y elementos de retroceso en la acción cuando uno va tratando de dar respuesta a esa pregunta.

Esa perspectiva sobre el objeto "comunicación" va también hacia otras dimensiones, especialmente la pregunta de cómo estudiar los procesos de cuestionamiento sobre la comunicación, *la comunicación sobre la comunicación*, que es en otros términos lo que me interesa, no más que la pregunta sobre el primer nivel, pero sí como un complemento importante y más específico e incluso más fácil de abordar, porque la comunicación está en todas partes donde hay sujetos, y la pregunta acerca del conocimiento sobre la comunicación no tiene por qué estar en todas partes, es una pregunta mucho más especializada y probablemente innecesaria. Pero mientras no se demuestre lo contrario, seguiremos considerándola como pertinente.

De su reflexión a propósito de estos retos teóricos yo creo que se desprende un compromiso ético, o sea, no solamente político sino sobre todo ético de Raúl Fuentes Navarro con lo que ha sido y con lo que pueda ser el campo de la comunicación en América Latina.

Sí, yo creo que es parte del entorno, del ambiente, de donde vienen los orígenes y desde donde se ha venido desarrollando esta trayectoria, no sólo mía sino de muchos colegas en todas partes; porque hacer estas preguntas y trabajarlas en los ambientes universitarios y rechazar las respuestas inmediatas y simplistas es una postura opuesta a la prevaleciente y a la interesada por muchos poderes que no coinciden con estas perspectivas. En este sentido me refiero no sólo -aunque es lo más obvio y lo más inmediato- a las lógicas o las prácticas prevalecientes en los medios, que trabajan en una escala muy amplia, muy potente, con mucha fuerza creciente, en la dirección de esta simplificación o de este ocultamiento de la complejidad de los conceptos de la comunicación como práctica social.

Hay, además, una serie de medidas de pérdida de sentido que afectan muy directamente a los estudiantes de comunicación, para ponerlo en los términos más inmediatos, de cuestionar para qué sería necesario cuestionar. Es decir, negar la necesidad de cuestionar, y trabajar en una actitud mucho más inmediatista y mucho más acrítica. Esa es una tensión muy obvia en todas partes, prácticamente en cualquier momento, no es una cuestión de los últimos años o de brechas generacionales; es bastante más obvio y más general. Esa tensión implica explicitar cuáles son los parámetros éticos, políticos, de este trabajo, qué sentido puede tener, cuál es la responsabilidad de esto. Y entonces acaba siendo, en términos más sintéticos, una tarea de reconstrucción permanente del sentido crítico de la

universidad, con respecto al entorno social, que no necesariamente se descubre, o se acepta, o se asume, en los mismos términos o en los mismos momentos por todos los agentes.

Por eso, si me preguntan cuál es el rasgo más fundamental de mi trayectoria profesional, yo digo que soy profesor antes que otra cosa, antes que investigador, antes que cualquier otra cosa. Porque me queda muy claro -desde hace mucho tiempo, y no gracias a un proceso individual sino a la forma de ir trazando estas redes de cuestionamiento con muchos colegas en todos lados-, que el sentido finalmente no es de un grupo o de una especialidad profesional o de una preocupación sólo académica, sino una preocupación por la responsabilidad social que sólo se puede, o que privilegiadamente debe desarrollarse, en las universidades. Se trata de la lucha por hacer trabajo universitario en la universidad; finalmente es otra cara del trabajo, esa es la obligación o la responsabilidad asumida en donde la comunicación no es sólo un tema o un objeto de estudio, sino también una forma de trabajar.

Hace ya unas décadas, en un artículo en conjunto con el doctor Enrique Sánchez Ruiz, ustedes hacían alusión a una condición de triple marginalidad de la investigación en comunicación en México: marginalidad de la investigación científica en relación con la prioridad concedida por el desarrollo nacional, marginalidad de las ciencias sociales en relación con el resto de las ciencias, y marginalidad de la investigación en comunicación con respecto al resto de las ciencias sociales. ¿Cómo valoraría usted esta situación un poco más proyectada al área latinoamericana casi veinte años después de haber descrito este panorama?

Casi veinte años después, así es... Curiosamente, o afortunadamente, ese texto tuvo mucho éxito, ese texto lo han leído muchas personas, se ha hecho sentir en alguna medida. Nos hemos dado cuenta de que pudiéramos seguir elaborando escalas de marginalidad más allá del mágico número tres. Pudiéramos hablar de la cuádruple, quíntuple, o séxtuple marginalidad de los estudios de comunicación, pero no tendría mucho caso seguir aumentando eso, sino mantener la utilidad que tuvo esta fórmula, bastante afortunada, y tratar de hacer una cosa que es muy importante: más que opinar o especular sobre las estructuras del campo, tratar de darle algunos indicadores más concretos, más empíricos, como lo tratamos de hacer en ese texto.

La ciencia en estos últimos veinte años la vemos –y eso lo puedo decir así en plural, porque lo hemos comentado mucho Enrique y yo, y otros-, en una situación más marginal todavía que hace veinte años. Es decir, no ha habido cambios en el entorno nacional que hayan sido positivos. Ha habido cambios, pero casi todos para mantener una situación de marginalidad de la ciencia y ahora lo puedo decir con cierta posición que no tenía hace veinte años en la estructura de la ciencia mexicana. La ciencia en México, como en la mayor parte de los países latinoamericanos y del mundo, es una actividad muy desconectada de la realidad, de las prioridades estratégicas de desarrollo, es muy marginal y sigue siendo marginal. En esa primera dimensión hay una serie de preguntas y de constataciones que mantienen una condición bastante pobre y que tienen que servir para relativizar cuál es el alcance del trabajo científico en términos de su entorno social. Hay mucho discurso sobre la ciencia y su importancia para el desarrollo, pero en realidad la mayor parte de ese discurso es mítica o ideológica.

En la segunda dimensión de marginalidad, la que tiene que ver con las ciencias sociales con respecto a las ciencias en general, ahí ha habido algunos avances porque las ciencias sociales como macroárea han crecido mucho y sus problemas-objeto se han hecho mucho más centrales en la vida cotidiana en todas partes del mundo. El mundo social ha cambiado espectacularmente en estos veinte años. Hay una multiplicación de factores y de fenómenos que, necesariamente, le dan a las ciencias sociales una relevancia fundamental, al tiempo que las pautas centrales de desarrollo de las ciencias naturales también han cambiado. Es decir, ha habido cambios tan drásticos, tan generalizados, tan profundos en el mundo, en todas partes, que estas relaciones cambian. Entonces, hay un crecimiento muy notable de los recursos dedicados a las ciencias sociales en México y en otras regiones, que nos ha puesto en otros términos la relación, aunque sigue habiendo una desproporción central en la legitimidad percibida y practicada de las ciencias sociales con respecto a las 'ciencias' así llamadas. Pero allí hay un movimiento sumamente importante, sumamente interesante.

En la dimensión de las ciencias de la comunicación con respecto a las ciencias sociales, creo que sí hay una ganancia, un movimiento positivo por los mismos factores. La comunicación se ha convertido en algo mucho más visible y aparente en todas partes, en el estado, en las dimensiones de la vida, no solo en los medios, y eso les da mayor presencia y legitimidad a los que se supone que estudiamos eso. Remontar las condiciones de marginalidad en esta tercera dimensión nos pone en alguna situación de ventaja relativa con respecto, por ejemplo, a hace veinte años: ahora ya no tenemos que invertir tanta energía en decir por qué hay que estudiar la

comunicación, sino que es ya algo que se puede dar por hecho. Pero tiene también muchas desventajas, porque la distancia entre la capacidad de dar respuestas y las demandas que puede haber de respuestas al respecto, crece conforme se mueve el mundo.

Entonces, sí hay algún tipo de movimiento relativo en términos de la marginalidad que disminuye o cambia en algún sentido de la investigación de la comunicación con respecto a las ciencias sociales, en general. Y luego, se puede preguntar allí ya de una manera más sólida si el cambio es especializado, si en países diferentes sucede más o menos lo mismo, si hay una explicación común; eso hay que trabajarlo pero da pie como para hacer esas preguntas.

Aquel modelo de la triple marginalidad para hablar de investigación de la comunicación en México venía en un texto donde había que comparar internacionalmente los procedimientos de trabajo de campo y de trabajo empírico. Pero en lugar de responder la pregunta de cuáles son los recursos que se han desarrollado en la investigación mexicana sobre comunicación para enfrentar los desafíos prácticos del trabajo de campo, del trabajo empírico, nosotros desarrollamos esto para decir que existían problemas de escala mucho más amplia y muy anteriores para estar preocupándonos sólo por los controles de diseño para la interpretación de datos refinadísimos en los trabajos de campo. Ojalá pudiéramos hacer más trabajo de campo: no es que rechazamos el hacer trabajo de campo muy refinado sino que a veces no llegamos.

Ya desde finales de los noventa, o incluso antes con sus antecedentes fundamentales en el ámbito anglosajón, se habla de

un movimiento de autorreflexión dentro del ámbito de estudios de la comunicación. Sin embargo en el caso de América Latina, a diferencia del ámbito anglosajón donde se inició este debate y que ahora mismo parece ir en vías de una cierta neutralización, todavía este movimiento de autoanálisis y de autorevisión permanece vivo. ¿Cómo valora usted los resultados de estos movimientos de autorreflexión y hasta qué punto puede decirse que hemos avanzado desde el malestar hacia la utopía?

No, yo creo que hemos avanzado de la utopía al malestar, más bien hemos retrocedido... No sé si sea el movimiento hacia delante o hacia detrás, se puede jugar con eso. No, creo que los movimientos más notables, más fuertes, han sido de avance sin duda, pero no hacia una dirección, sino hacia varias direcciones. Es un movimiento de fragmentación, es un movimiento de dispersión de los esfuerzos. Los esfuerzos orientados a un cierto tipo de propósitos o a un cierto tipo de proyectos disminuyen, porque aunque en conjunto crezcan los recursos, se dispersan en distintas direcciones.

Creo que hay una línea de continuidad visible, notable, en términos de este proyecto de desarrollo de los fundamentos críticos de la investigación de la comunicación en América Latina, aunque las condiciones que justificaban el desarrollo de las posturas críticas han cambiado bastante. Una cosa que habría que volver a cuestionar es esa idea de la unidad o de la integración en América Latina. Ahora el movimiento va hacia otros lados y no hacia la integración de América Latina. Ideológicamente eso es algo que ha cambiado, se ha movido en términos de proyecto discutible, entonces esa dificultad de definir qué sería lo latinoamericano se ha incrementado.

Lo que me parece que no hay es un proceso de consolidación institucional de los estudios de comunicación en prácticamente ningún país latinoamericano excepto en Brasil. No creo que se haya ganado gran cosa, creo que está estancada la institucionalización. Ha crecido en estructuras pero no creo que se haya consolidado. Creo que es una estructura más grande y más frágil, menos productiva que la de hace veinte o treinta años, así en esta escala latinoamericana y desde esta perspectiva de una investigación de la comunicación que está conectada con otra cosa.

Hay otra serie de condiciones difíciles de identificar porque tampoco hay, al igual que en otras épocas, la disposición para reflexionar sobre ellas, para la autorreflexión o el autoconocimiento en términos de discusión.

Yo me pregunto ¿por qué tiene un éxito relativo esta historia de la "escuela latinoamericana de comunicación", elaborada, impulsada y trabajada por José Marques de Melo y otros? No porque no tenga méritos, referentes, etc. Me parece que es algo muy interesante, pero que debería dar pie a un mayor grado de discusión y no a una aceptación de que 'así es', como si fuera la única manera de explicar la investigación de la comunicación en América Latina, y como el propósito ha sido ir integrando todo allí, con ese lema que no sé para dónde va, no me queda claro para qué pensar en que existe la escuela latinoamericana de comunicación. Me llama mucho la atención la dificultad de interactuar críticamente en la discusión con esta versión, que es muy fuerte y muy sólida. No es una tontería, está muy bien, pero con un riesgo enorme de convertirse en la única versión, la versión oficial de la investigación latinoamericana, lo cual sería, ahí sí, una contradicción espantosa y terrible.

Podría ser esa escuela latinoamericana de comunicación 'las nuevas anteojeras' de la investigación en América Latina a la que se aludía en otros trabajos...

Las anteojeras aquellas de Luis Ramiro Beltrán eran las que se pone a los caballos para que no se distraigan y solo puedan ver para una sola dirección, pero esto sería como ponerse una máscara que te impide ver, no solo no distraerte hacia los lados sino también impediría ver hacia el frente, como que caigan las cortinas que cierran las miradas. Creo que hay que discutirlo, lo que me preocupa es que no hay condiciones de discusión. Hemos intentado discutirlo en algunos foros existentes hace años, y entonces lo que sucede es decir: bueno, hay distintas perspectivas; y está bien que seamos plurales y siempre hemos sido muy respetuosos. Pero eso también es una manera de no entrar en la discusión que necesitamos.

Hay otros factores que se han ido acumulando en la escala latinoamericana que no hemos acabado de asimilar; no me parece que estén suficientemente formulados y asumidos. Creo que se ha estancado un poco la dinámica de discusión, aunque nunca fue muy intensa tampoco, pero antes tenía otro papel, porque no alcanza el tiempo para atender eso también.

Entonces, por una parte, creo que eso es algo a lo que hay que ponerle más atención y estudiarlo como objeto a discutir, pero como objeto de práctica es preocupante porque también las condiciones de integración o de no integración de América Latina son diferentes a las que había hace veinte o cuarenta años. Yo no veo que haya una propuesta, o dos, o tres, que puedan tener capacidad de movilización y capacidad de impulso de la discusión.

En un artículo que publicó hace ya varios años en la revista Diálogos de la Comunicación, y que hace referencia al informe de la Comisión Gulbenkian para las Ciencias Sociales, se señalan, o usted hace alusión, a tres problemas teórico - metodológicos que son centrales y en torno a los cuales se hacía necesario construir nuevos consensos heurísticos. Ellos eran: la relación entre investigador e investigación, re inserción del tiempo y el espacio como variables constitutivas dentro de los análisis, y la superación de separaciones artificiales entre lo político, lo económico y lo socio-cultural. Y a propósito de esto apuntaba que una “metodología comunicacional” desarrollada para articular la teoría y la práctica de la comunicación no debía eludir ninguno de esos tres problemas.

A varios años de este análisis y según su experiencia, no sólo como investigador, sino también y sobre todo como agente y vigilante dentro de este campo, ¿cómo valora la forma en que se ha desarrollado o no esa metodología dentro del continente y de qué manera se han manifestado y se manifiestan todavía estos tres problemas identificados por la Comisión?

No, no, no creo que se haya avanzado nada; no creo que se pueda hablar de que alguien comparta esa perspectiva; no es un proyecto de nadie, no es una consigna como sí lo fue la propuesta de Wallerstein de “abrir las ciencias sociales”. Esta última sí fue una propuesta, un proyecto internacional muy fuerte. Creo que la campaña mundial de Wallerstein para promover la apertura de las ciencias sociales ya pasó, aunque dejó algunas inquietudes muy sanas, muy favorables.

Creo que esas tres dimensiones tenían y siguen teniendo un sentido para los estudios de comunicación, y pensar en términos de comunicación lo que Wallerstein pensaba en términos de sistema-mundo tiene mucha potencia, pero no veo que se haya dado un paso adelante, definitivamente. No creo que esas cuestiones hayan quedado resueltas, aunque tampoco desechadas. Creo que se quedan ahí en términos de preguntas con las que se sigue trabajando y que se suman a muchas otras, que antes y después han sido claves que nos ayudan a desarrollar esto. Yo retomo mucho esta lógica de historización que propone Wallerstein como clave de todo este desarrollo del momento de abrir las ciencias sociales, en términos muy concretos de cómo reconocer las condiciones de un tiempo y un lugar determinado, que pueden dar una composición distinta de otro tiempo y de otro lugar; como movimiento de historización de los objetos, de los estudios; así como la reflexión sobre el papel de los sujetos colectivos.

A principios de los noventa, comencé a trabajar algunas formulaciones que luego encontré que estaban mucho mejor realizadas por Wallerstein y otros, mucho más claramente formuladas, con una visibilidad y un prestigio científico incomparables. Entonces adopto esa propuesta, en esos términos que creo que son importantes, son propuestas que siguen teniendo razón y que siguen teniendo mérito aunque no tengan el desarrollo o la adopción que ojalá hubieran tenido, pues ya pasó y ojalá no se olviden esas cosas como preocupaciones obsoletas del siglo pasado. Espero que no.

¿Cuáles son en su opinión las condiciones sociales, institucionales y también discursivas que más significativamente están marcando hoy en día la investigación en comunicación en A.L.?

No sé cuáles. El centro discursivo, el centro temático de los encuentros de FELAFACS o de ALAIC, han venido siendo en un momento como marcadores donde todo es más confluyente o menos confluyente de todas partes de América Latina. Sin embargo, aunque ahora puede hablarse de algunas cuestiones que tienen una fuerte presencia y alguna importancia, no son ejes de convergencia de nada, como fueron en otros tiempos la reflexión sobre opciones políticas, o la reflexión sobre tecnologías incluso. No logro ver que haya conexiones reales. Por ejemplo, los discursos, preguntas, marcos e interpretaciones sobre medios, identidades, expresión de las minorías, están cada vez más despegados de los discursos organizacionales.

Vuelvo sobre la figura de la fragmentación, de la dispersión. Muchos más productos, y muchas más líneas de trabajo, pero cada una de ellas es más débil y más desconectada de las otras, porque no es contradictorio que haya crecimiento sin integraciones, sin convergencia, y sin capacidad de discusión en el campo. ¿Qué va a pasar con el campo? Que va a hacerse muchos pedacitos, va a desaparecer como tal, como proyecto de desarrollo de un concepto.

Ya hay cosas fuertes, y muy criticables y muy patentes, como la identificación de comunicación con medios. ¿Dónde está una cosa que se llame "medios"? No hay una cosa que se llame "medios"... Si al mismo tiempo se trata de abarcar las formas prevalecientes y más tradicionales del periodismo, con las cosas más dispersas que pasan por Internet, con un solo concepto, pues evidentemente no hay manera de hacer eso. Igual que en otras partes del mundo, pero quizás con menos cohesión, con menos fuerza, veo tendencias de fragmentación muy claras en el campo de la comunicación en América Latina, pero también en otros lados, no es que los

latinoamericanos hayamos perdido cosas, sino que el conjunto de los recursos disponibles no da para pensar como en otros tiempos, en líneas más claras de convergencia.

Y creo que es un momento de fragmentación, y hay perspectivas diferentes. Yo sigo viendo que estos signos de fragmentación y de dispersión prevalecen sobre cualquier otra cosa. Y luego, aparece la 'Enciclopedia Internacional de la Comunicación' en doce tomos, editada por Wolfgang Donsbach, donde dice que todo cabe en un sistema, que todo eso es una enciclopedia de comunicación, internacional. Entonces, el hecho de que se pueda ver todo bajo el nombre de comunicación, como un *término paraguas*, que puede hacer caber todo, me desconcierta mucho. Claro que tengo que asumir que ahí está, que sí se puede, que es un proyecto con sentido para académicos de la comunicación en setenta países, ya la hicieron, ahí está... ¿Cómo conciliar esa construcción y reunión de veintinueve campos diferentes en el mundo, con los elementos de fragmentación y dispersión que también están ahí? Y me sorprende, y pienso que es alentador que uno no se vea obligado a mantener una perspectiva de que todo se va a disolver en el aire, todo se olvidó, como si hubiera sido algo irreal alguna vez, sino que hay quien dice que no, que existen otras maneras de organizarse. Hay que ponerle atención a ese sistema de integración y de articulación, analizar si es factible, o si es sólo una manifestación más de la desintegración.

Hay que seguir pensando, pero no veo una tendencia hacia la integración, ni tampoco hacia la comunicación entre las partes. Ojalá me equivoque, ojalá tenga perspectiva miope, y me falte integrar algunas cosas. Hay que seguir trabajando y luego platicar de esto en un par de años, para ver qué pasó.

Teniendo en cuenta las que son todavía sus inquietudes -las que han sido históricamente, pero continúan siendo sus inquietudes-: las carencias, las necesidades del campo de estudios de la comunicación en AL en general, en México en particular, y por lo tanto también las condiciones de posibilidad de generar ese conocimiento; ¿cuáles pueden ser los itinerarios futuros, las rutas intelectuales posibles que pautarían la labor de un investigador como usted hacia los próximos años?

Esa es una pregunta que tiene muchos niveles, trataré de tomar un par de ellos. El primero es que me queda cada vez más claro que lo que no se vaya consolidando en términos de estructura de trabajo conjunto, de trabajo en equipo, de trabajo en red, de trabajo colectivo, no tiene mucha probabilidad de ser. Eventualmente, puede haber aportes, pero la lógica misma de la comunicación implica creer en un cierto modelo o concepto de comunicación y ponerlo en práctica para eso también.

Entonces, pongo mucho énfasis en las capacidades de discusión, en las capacidades de búsqueda conjunta, en la interlocución, sea en la forma de estructuras de formación profesional tanto para la investigación como para otro tipo de actividades, como para la organización misma de las actividades en el campo, en las asociaciones, en las instituciones, como en la dimensión más amplia de la capacidad de entrar en interlocución con otras lógicas históricas, sociales y estructurales más amplias; lo cual es más atrevido porque difícilmente puede uno establecer condiciones de diálogo con instancias de poder que no se caracterizan precisamente por eso, pero que puede tener alguna perspectiva...

La forma comunicación en términos de práctica cotidiana, en términos de práctica institucional, me parece que es un eje central, no sólo como si fuera una actitud o una táctica para facilitar las relaciones, sino para poder aprender de una manera más directa y más consistente cuáles son las condiciones de la interlocución, del diálogo, de la comunicación, de la construcción de comunidades, de identidades etc., en todos los ámbitos de la práctica cotidiana, de la práctica profesional, y aprender no como una tarea pesada y dura sino también como un placer, como una manera de disfrute de la existencia en el mundo. Esa yo creo que sería probablemente la dimensión que más aprecio y que más sentido tiene.

Otra de las dimensiones que diría yo que es importante es la necesidad de ir construyendo criterios de rigor, criterios de validez en toda esta serie de postulados; ir encontrando maneras de estructurar un sistema de conocimiento más consistente, no sé si científico en algún sentido de los muchos en que se puede decir, sino probablemente más allá, más allá de una caracterización científica. Se trata de la capacidad de hacer consistentes las actuaciones con las representaciones, lo cual es una tarea o un propósito sumamente amplio e imposible de cumplir, pero lo planteo en términos de un esquema en el cual se puede aprender continuamente y se puede poner atención para ir descubriendo cuales son los mecanismos, los principios, las razones, la causas por las cuales se puede distinguir con rigor, con un criterio de certeza relativa y reproducible, lo que es comunicación de lo que es un simulacro de comunicación, o una apariencia de comunicación, una relación disfrazada que, digamos, casi por definición es lo más común. La pregunta sería entonces: ¿cuáles son los criterios que permiten distinguir la comunicación en sus términos más ideales y en sus prácticas cotidianas?

De ahí lo que podría eventualmente surgir es una metodología comunicacional. Creo que para la gente que estudia comunicación y que hace la comunicación profesionalmente, es mucho más importante el desarrollo de capacidades metodológicas, que tienen que ver con los *cómos*, que capacidades teóricas, epistemológicas o filosóficas sobre la comunicación. Yo prefiero, o privilegio, simpatizo con la importancia de competencias metodológicas, antes o como una forma de llegar también a las competencias más teóricas o más formales sobre la comunicación.

Es decir, abogaría por un enfoque que privilegie más la práctica que la conceptualización, la práctica como una manera de construir la conceptualización. Yo creo que la teoría de la comunicación tiene muy poco que enseñarse pero muchísimo que aprenderse, sobre todo por esta vía de ir descubriendo y construyendo ambas cosas al mismo tiempo. No son contradictorias las lógicas que permiten generar sentido en común, y las que lo impiden, las que lo dificultan, las que lo disfrazan de otra cosa.

Puede sonar muy abstracto, pero creo que es una tarea, una operación muy fácil, que puede tener muchas consecuencias importantes, si se multiplica, no digo que se generalice, pero sí que se vaya convirtiendo en una parte reconocible y explicitable de la práctica de los profesionales de la comunicación. A veces descubro esos elementos operando en gente que se dedica en realidad a la política, la administración, las artes y otras actividades que no son tan típicamente reconocibles como “de comunicación”, como tendrían los periodistas o los comunicadores organizacionales. Las mejores realizaciones de los perfiles profesionales de la comunicación se pueden encontrar en ocupaciones sociales que no son

reconocidas como de comunicación, que son otra cosa. Tengo ejemplos percibidos interesantísimos, en términos de ex-alumnos, de compañeros, de gente que ha salido de otras universidades y que se ha construido una manera de ser profesional de la comunicación en el mundo cotidiano, en el mundo en que vivimos hoy.

Este énfasis en una metodología comunicacional, este interés en saber comunicarnos, en cómo comunicarnos y para qué comunicarnos pudiera parecer, hasta cierto punto, paradójico en un hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida a trabajar teórica y epistemológicamente la comunicación.

En algún sentido puede ser paradójico, sí, pero no tanto. Es una falsa paradoja en todo caso. Hay dimensiones posibles que tienen que ver con el concepto de comunicación más elaborado, que no son accesibles empíricamente, que no son accesibles deliberadamente y que no son reconocibles en términos de indicadores empíricos más directos. Es decir, esa parte de la filosofía de la comunicación que parte de que la comunicación es un misterio, creo que eso en muchos sentidos está en el fondo.

Pero mi preocupación no es filosófica, mi intención no es la elaboración teórica en términos filosóficos. Esa distinción me hace adoptar una posición mucho más práctica y por eso tratar de entrar a la reflexión más por los *cómos* y más por las dimensiones de las cuales se puede, en términos de investigación, construir observables, observables empíricos, interpretables, e intervenibles.

Probablemente por eso el "discurso de fondo" y lo pongo entre comillas, con cierta ironía, sobre la comunicación, resulta inútil en términos de inaccesible para los recursos con los que contamos actualmente, y con los distractores que tenemos para elaborar esas preguntas. Todas las cuestiones tecnológicas y estratégicas, de manipulación de los recursos de comunicación, que son muy importantes, distraen terriblemente de una reflexión más "esotérica" sobre la comunicación que me parece interesante, pero que no constituye el centro de mi trabajo.

Creo que lo que hay que cultivar no es una filosofía contemplativa de la comunicación sino una capacidad cognitiva de acción comunicativa, y por eso la preferencia por la metodología y por la práctica, aunque no sea en los términos más inmediatos y más simplistas que se suele reconocer. No se trata de una preferencia por las técnicas de comunicación -esas me parecen secundarias-, sino por las lógicas de producción social de sentido. No sé si se alcancen a trazar ahí distinciones claras, no sé tampoco si eso tiene cierta claridad, pero desde ahí también es necesario teorizar, hay necesidades de teorización que vienen de muchos orígenes, éste es uno.

En un artículo relativamente reciente, con respecto a la formación de profesionales de la comunicación, usted afirmaba que el desafío central de la formación de profesionales de la comunicación así como de la investigación académica comienza a formularse a partir de la renovación de la comunicación como proyecto social. Me gustaría que Ud. abundara en cuáles son las líneas en las que se expresa esta renovación de la comunicación como proyecto social o incluso en las que podría expresarse y cuáles son los desafíos centrales que ella plantea fundamentalmente para las instituciones

universitarias, para este reto de contrarrestar o de buscar una competitividad académica, más allá de una competitividad institucional en el campo de la comunicación.

El trayecto que justifica los estudios de comunicación está oculto, o borrado: ¿para qué? ¿Comunicación para la comunicación para la comunicación? No. La comunicación no puede ser un fin en sí misma, y menos en términos profesionales. Entonces, siempre ha habido la necesidad de cuestionar cuáles son los proyectos, es decir, de dónde a dónde se justifica, poniéndole objetivos muy inmediatos, o muy utópicos, muy lejanos. Es necesario armar los recursos y los procesos de interacción en función de una creencia, de un modelo de práctica social de comunicación más amplio, más especializado, pero con cierta claridad que permita evaluar los recursos en función de eso. Tiene que ver con una ocupación eficiente y creativa de los lugares de trabajo, los puestos de trabajo, y los medios de trabajo para mejorar los medios de comunicación. Y no sólo los medios, sino que este proyecto debe comprender la inclusión de los factores de comunicación en otros espacios sociales, en las organizaciones, en las empresas, y en las organizaciones gubernamentales, y en las burocracias, y en los movimientos sociales. Entonces, es otro tipo de habilidad, otro tipo de competencias de comunicación, de técnicas, de recursos, lo que hay que desarrollar como formación profesional.

Sin embargo, se dejó de pensar, dejó de ser pertinente el para qué. Ya las razones son dictadas por las demandas masivas de los estudiantes, satisfacción de sus imaginarios, es decir, no por proyectos sociales legítimos. ¿Por qué no volver a poner atención, o poner atención durante la formación como la tuvo en los años ochenta, en la cuestión de para qué este

tipo de prácticas profesionales? ¿Comunicación para qué? Puede ser un rango amplio pero hay que pensar en eso, pensar en las consecuencias que tiene la amplitud del rango. La famosa tensión entre la formación general y la formación especializada tampoco tiene ya sentido, no se discute.

Si no existe ese referente de un para qué de la comunicación, y de los profesionales de la comunicación, entonces los problemas son estéticos o tecnológicos y de empleo, es decir, laborales estrictamente, o muy formales. Se han reforzado los mecanismos de uso experto de la comunicación, no sólo en los medios, sino también en la política y en la economía; sin embargo, todas las estrategias de comunicación que están detrás de la reconcepción del mundo contemporáneo no tienen que ver con la formación de profesionales en la comunicación. La formación de comunicadores se hace con otras dinámicas, está conectada con otras vías. La comunicación es cada vez más importante, pero los comunicadores no.

Yo creí honestamente que era clave trabajar en el currículum, centrarnos en una mediación metodológica, ponerle amarres concretos para propósitos y contextos específicos. Sin embargo, trabajar el currículum no resuelve nada, porque no hay proyectos claros, compartidos, incorporados, ni hay sujetos dispuestos a eso. ¿Cómo cambiar la pregunta sobre qué texto leer cuando puedes considerar qué lectores o cuando tienes que considerar que no hay lectores, que la gente es incapaz de leer? Entonces ¿qué sentido tiene discutir qué leer o no leer?

Esta valoración suya acerca de lo que es, de lo que no es, y de lo que debería ser la comunicación como proyecto social me deja preocupada, me preocupa mucho.... Me preocupa mucho que venga

de usted, que ha sido un autor comprometido en impulsar esta utopía de la comunicación, y me pregunto: ¿perdió sentido la utopía? ¿Tenemos que reinventarla?

No. Tenemos que tomárnosla más en serio. Hay que volver a creer en ella.

Es que de su discurso lo que me da la impresión es que precisamente o bien no tiene sentido, o bien que hay que replanteársela...

Sí, hay que replanteársela. El mundo contemporáneo es muy distinto del mundo de hace diez años o de hace veinte. Quizás el de hace veinte no es tan distinto del de hace cuarenta. Pero éste... este es otro, y no todo es distinto, no todo cambió. Pero no sabemos qué sí cambió y qué no cambió. Creo que hay que volver a definir qué es lo esencial, qué es lo no negociable: la comunicación como capacidad de interacción y de organización social; no los medios, no las instituciones, no los discursos, sino la interacción. Regresémonos ahora a ver cómo contribuimos a eso. No es la utopía general, es la utopía de la comunicación ¿para qué puede servir? Hay que volver a pensarlo, porque la comunicación como utopía de los años anteriores ya no nos sirve.

En los setenta el eje de la utopía clave era el de los cambios sociales, la búsqueda de un cambio necesario que había que impulsar. Pero no el cambio por el cambio, así como la comunicación por la comunicación. Y cambió todo, pero el cambio no corresponde con lo deseable, con lo que queríamos, con lo que imaginábamos, cambió más de lo que imaginamos, pero cambió hacia otro lado... Este no es el cambio que se esperaba, y las

evidencias de que no es el cambio deseable son bastante claras. Y la comunicación tiene que ver con ese cambio, pero en parte, tiene que ver también con otro cambio, con revertir algunos aspectos del cambio.

Esto en cuanto a la utopía de un proyecto social de la comunicación. Pero en cuanto a también la utopía de un campo de estudios de la comunicación... Pensando en respuestas anteriores que me ha dado, pensando en los rasgos mismos que tiene este campo, tanto en el subcampo de la investigación como estos retos que hablábamos en la formación universitaria en general y en comunicación en particular, ¿en qué medida hay que replantearse también una imagen de campo?

El campo es una construcción heurística. No es una entidad, no es una propuesta. Es una construcción heurística que significa relaciones entre gentes. Nada más. Entonces no tiene una dimensión utópica. En todo caso, la dimensión utópica está referida al trabajo universitario, a la institución universitaria. Pero no al campo. El campo es un recurso heurístico. Y me parece perfectamente normal que alguien no vea, o no pueda ver, o no quiera usar ese recurso. Puede no tener sentido preguntarse si un campo existe o no existe. Existen prácticas, relaciones entre instituciones, que yo puedo denominar campo. Es un recurso heurístico, y nada más. Pero tampoco es inocente ni neutral. Por eso insisto en que cuando uno está siendo agente para estructurar el campo, para cargar el campo de sentido, lo está haciendo desde la práctica cotidiana, no desde la abstracción. No hay manera de hacerlo desde la abstracción.

Es decir, si lo que yo digo tiene alguna validez, alguna consistencia como discurso, tiene que estar referido a lo práctico cotidiano, que también tiene mucho de discursivo, pero en términos del discurso educativo y situado, no como mensaje a la humanidad, sino como interlocución con sujetos concretos que quieren entrar ahí, voluntariamente. Entonces, el carácter utópico está en otras cosas. Porque tampoco uno puede limitar la marcha a las estructuras más inmediatas que nos condicionan. Visto desde una perspectiva pesimista, una proporción abrumadora de lo que se produce como investigación de la comunicación es pura formalidad burocrática, está orientada por recompensas inmediatas. Hay que sacar la parte que no es más que eso, y tratar de influir para que se recompense más la producción que va más allá de ese modo de cumplimiento burocrático.

Es necesario identificar dónde están los elementos para pensar en términos de comunicación y de proyecto social compartible, y además, reflexionar en torno al control intelectual o conductivo del mundo, de esa operación de parte de los comunicadores universitarios que deberían tener más capacidad de agentes que de manufactura. Cuán utópico pueda resultar depende de la posibilidad de desarrollar un proceso maduro, de formación más profunda en las universidades, ¿si no, dónde?.

Coordinador(es): Lic. Liliam Marrero Santana.

Equipo de investigación: Carol Muñoz Nieves y Mabel Olalde Azpiri.

Frases destacadas:

“Una serie de casualidades afortunadas hicieron que supiera que había una opción de estudios universitarios en comunicación. Prácticamente nadie sabía qué era eso, o qué podía ser. Entonces, a mediados de la década de 1970 comencé la licenciatura en comunicación en el ITESO, gracias a opciones muy fortuitas y muy afortunadas a largo plazo, pero hasta esa ocasión, muy poco sustentadas en mi trayectoria”

“Durante los cinco años que fui estudiante de licenciatura en ciencias de la comunicación en el ITESO, entre todas las opciones que se fueron conjugando -y en las que los mismos estudiantes fuimos participando para que se definieran-, en realidad yo terminé estudiando cine”

“Nuevas circunstancias me invitaron a ser profesor en alguna clase de producción cinematográfica o de producción audiovisual en la carrera de la cual había egresado unos años antes. Y por una serie de circunstancias muy raras acabé aceptando dar clases, pero de teoría de la comunicación”

“De esa integración en la investigación, probablemente lo más importante en mi trayectoria ha sido la necesidad que se fue gestando poco a poco, pero que a principios de los años noventa empezó a tener ya un carácter bastante fuerte, bastante angustiante, que era saber si realmente podía yo invertir toda la energía hacia adelante en la consolidación de una posición como investigador”

“Yo, que había sido un agente de la consolidación disciplinaria de los estudios de comunicación, descubrí ahí que esa no era la estrategia más adecuada. Ahí cambia mi perspectiva, puesto que los estudios de

comunicación no podrían sostenerse aislados, autónomos. Y desde entonces, se produce la conversión de mi proyecto orientado a mantener las condiciones de consolidación del trabajo de los estudios de comunicación, pero en una perspectiva sociocultural o en un entorno multidisciplinario en el área de las Ciencias Sociales”

“Pues está la cuestión central de la identidad teórica o conceptual, epistemológica, de los estudios de comunicación. ¿Qué es la comunicación y cómo saber algo sobre ella, más allá de ponerla en movimiento permanentemente desde el momento de hacerse las preguntas? Esa es una condición difícil de definir al principio. Uno tiene marcos muy simplistas y dice: basta con adoptar una definición de comunicación y tratar de ser consistente con ella y probablemente sea la definición más comúnmente aceptada”

“Si me preguntan cuál es el rasgo más fundamental de mi trayectoria profesional, yo digo que soy profesor antes que otra cosa, antes que investigador, antes que cualquier otra cosa. Porque me queda muy claro -desde hace mucho tiempo, y no gracias a un proceso individual sino a la forma de ir trazando estas redes de cuestionamiento con muchos colegas en todos lados-, que el sentido finalmente no es de un grupo o de una especialidad profesional o de una preocupación sólo académica, sino una preocupación por la responsabilidad social que sólo se puede, o que privilegiadamente debe desarrollarse, en las universidades”

“La ciencia en México, como en la mayor parte de los países latinoamericanos y del mundo, es una actividad muy desconectada de la realidad, de las prioridades estratégicas de desarrollo, es muy marginal

y sigue siendo marginal. En esa primera dimensión hay una serie de preguntas y de constataciones que mantienen una condición bastante pobre y que tienen que servir para relativizar cuál es el alcance del trabajo científico en términos de su entorno social. Hay mucho discurso sobre la ciencia y su importancia para el desarrollo, pero en realidad la mayor parte de ese discurso es mítica o ideológica”

“Creo que hay una línea de continuidad visible, notable, en términos de este proyecto de desarrollo de los fundamentos críticos de la investigación de la comunicación en América Latina, aunque las condiciones que justificaban el desarrollo de las posturas críticas han cambiado bastante”

“Lo que me parece que no hay es un proceso de consolidación institucional de los estudios de comunicación en prácticamente ningún país latinoamericano excepto en Brasil. No creo que se haya ganado gran cosa, creo que está estancada la institucionalización. Ha crecido en estructuras pero no creo que se haya consolidado”

“Hay cosas fuertes, y muy criticables y muy patentes, como la identificación de comunicación con medios. ¿Dónde está una cosa que se llame “medios”? No hay una cosa que se llame “medios”... Si al mismo tiempo se trata de abarcar las formas prevalecientes y más tradicionales del periodismo, con las cosas más dispersas que pasan por Internet, con un solo concepto, pues evidentemente no hay manera de hacer eso. Igual que en otras partes del mundo, pero quizás con menos cohesión, con menos fuerza, veo tendencias de fragmentación muy claras en el campo de la comunicación en América Latina”

“Me queda cada vez más claro que lo que no se vaya consolidando en términos de estructura de trabajo conjunto, de trabajo en equipo, de trabajo en red, de trabajo colectivo, no tiene mucha probabilidad de ser”

“Abogaría por un enfoque que privilegie más la práctica que la conceptualización, la práctica como una manera de construir la conceptualización. Yo creo que la teoría de la comunicación tiene muy poco que enseñarse pero muchísimo que aprenderse, sobre todo por esta vía de ir descubriendo y construyendo ambas cosas al mismo tiempo”

“Creo que lo que hay que cultivar no es una filosofía contemplativa de la comunicación sino una capacidad cognitiva de acción comunicativa, y por eso la preferencia por la metodología y por la práctica, aunque no sea en los términos más inmediatos y más simplistas que se suele reconocer. No se trata de una preferencia por las técnicas de comunicación -esas me parecen secundarias-, sino por las lógicas de producción social de sentido”

“Creo que hay que volver a definir qué es lo esencial, qué es lo no negociable: la comunicación como capacidad de interacción y de organización social; no los medios, no las instituciones, no los discursos, sino la interacción. Regresémonos ahora a ver cómo contribuimos a eso. No es la utopía general, es la utopía de la comunicación ¿para qué puede servir? Hay que volver a pensarlo, porque la comunicación como utopía de los años anteriores ya no nos sirve”